

harina tostada, nace copioso en la nuca y frente, y desciende en patillas ondeantes hasta cerca del lóbulo de la oreja: entre los labios gruesos y cortos brilla como un relámpago la nitidez de la dentadura. Los ojos, aunque hinchados de dormir, no encubren que son garzos y candorosos todavía.

Para despejarse, necesitó Concha pasar agua fría por la cara. Dolores entretanto abría las maderas, aseaba un poco el cuartito aboartado, y encendía en la cocinilla próxima seis carbones para calentar el puchero de *cascarilla* y la correspondiente leche. En un santiamén se desayunaron. Concha, bien despierta ya, consagraba toda su atención á los trajes. Al lado de la ventana, sobre el quebrado sofá, lleno de hernias de crín que se salía, reposaban las galas de la noche. Concha se acercó á la fiel aliada de la modista, la máquina, que dada de aceite, limpia, con su carrete enarbolado, con la mesilla reluciente de barniz, aguardaba lo mismo que un centinela, arma al brazo, las órdenes de su jefe. Dolores se aproximó también, exclamando:

—Tú á los volantes y yo al cuerpo.

Salió el famoso vestido de baile. Era de seda azul bajo, algo verdoso ya y por muchas partes salseado; pero merced á la buena idea de Concha, de velarlo con infinitos volantes de tarlatana del mismo color, parecería nuevecito de allí á poco. La cadencia de la máquina se interrumpía á cada volante, y el vestido giraba, giraba, como una peonza, todo hueco, y cada vez más vaporoso. Al cabo brotó la falda fresquita, soplada como un buñuelo, y fué á ocupar su puesto en el sofá al lado de otros pingos también remozados y disfrazados hábilmente, con recogidos, lazos y encajes. Dolores pegaba al cuerpo el último corchete y orlaba de tul blanco las cortas manguitas. Terminado lo grueso de la labor, empezaron mil menudencias,

mil accesorios. Pendían de una cuerda, tendida de un lado á otro de la pared, dos guantes blancos, largos, muy tiesos, con las puntas de los dedos amarillentas y arrugadas; y mientras Concha los soplaba con ardor para despegar aquellas malditas puntas, que delataban el paso ineficaz de la bencina, Dolores, por medio de una plancha caliente, estiraba varios cintajos lacios como tripas de pollo, dedicándose después á frotar con miga de pan los zapatos de raso, y á pegar con goma una varilla del abanico. Las cosas que iban estando dispuestas, pasaban á una cesta, cuidadosamente colocadas; de pronto Concha se dió una palmada en la frente.

—¿Qué te pasa?

—¡Las medias! ¡Que se nos olvidaban las medias!

—¿Qué más da? Llévalas blancas.

—¡Mujer... son tan cursis! ¿Tienes agua caliente?

—La pondré á calentar.

—Anda, que se lavan y se secan pronto... á la noche están sequitas.

En tanto que Dolores jabonaba el par de medias azules, Concha, cosiendo el dedo de un guante, preguntaba á sí misma en voz alta:

—¿Tendrán que hacer esto las cómicas el día que representen?

—No, mujer...—murmuró Dolores.—Esas lo tienen todo arreglado.

—Dichosas ellas. A mí me venía bien ahora repasar el papel.

—Pues no te descuides, que pasa ya de las ocho y media. ¡Cuándo se acabarán estos jaleos de teatro! me duele la cabeza ya, de discurrir para refrescar vejesterios.

Quedábales aún algo por hacer, pero el tiempo urgía, y el taller aguardaba. Convinieron en que, á la hora en que Concha fuese al ensayo, Dolo-

res volvería á casa, terminaría todo y llevaría la cesta al Casino, donde Concha aguardaría ya para vestirse. Por excepción, una vez nada más: que eso de dejar sola á Concha, no estaba en el programa.

—Mujer, no hay remedio —exclamó Concha.— Desde el taller al Casino no me saldrá ningún perro rabioso.

—No me dan á mí cuidado los perros de cuatro patas, sino los de dos—murmuró Dolores guiñando un ojo.—Conque mucho juicio, ¿eh? Si sale Ramón á acompañarte, le dices que se vuelva á su casa ó que te espere en el Casino.

—Bien, bien.

¡Bastante pensaba Concha en Ramón! Todo el día en el taller estuvo repasando su papel mentalmente. Don Manuel Gormaz le había encargado tanto que *se fijase* y que *tuviese alma* en algunas escenas! Tener alma... ¿sería gritar mucho? No, porque se reirían de ella... ¿Sería pronunciar recalcando, como la que hacía de *graciosa*? No, eso tampoco... Procuraba recordar las inflexiones de la actriz que había representado *Consuelo* el año anterior, en el Teatro Grande... ¡Lástima no acordarse punto por punto! ¡Si ella supiese que, con el tiempo, le tocaría representar ese papel! Mientras arreglaba los pliegues de su sobrefalda, ó sacaba un patrón por el figurín, Concha repetía entre dientes las redondillas de Ayala, bien ajenas de ser pronunciadas en semejante sitio.

Al salir del taller, se separaron las dos hermanas, tomando cada una en opuesta dirección. Iba Concha distraída, andando rápidamente, cuando alguien emparejó con ella.

—¡María Santísima... qué susto me has dado!

El novio se sonrió afablemente, no sin mirar á todos lados, convenciéndose por fin de que Con-

cha iba sola, hecho singular y extraordinario. Manifestó su admiración, diciendo:

—¿Y Dolores? ¿Qué milagro es éste?

—No pudo hoy acompañarme... Tenía que acabar de alistar unas cosas. Viene después.

No puso Ramón cara compungida al oír la nueva, y siguió andando al lado de Concha por la calle Mayor, donde algunos comercios empezaban ya á encender su alumbrado. Concha se volvió de pronto toda alarmada.

—Mira, vete, vete... No me acordaba ya... No puedes acompañarme hoy.

—¿Por qué, chica?

—Porque voy sola... No me hizo otro encargo Dolores.

—¡Vaya con la ocurrencia!—exclamó él súbitamente enojado, deteniéndose ante un escaparate en que brillaba ya el gas.—¡Pues me gusta! ¡Sólo eso faltaba! No seas tonta; yo te acompaño. ¿Qué necesidad hay de que se lo cuentes á tu hermana?

Concha le miró con sorpresa, viéndole de levita. Era una levita negra arrugada y floja en los sobacos, que caía mal, amén de relucir demasiado, conociéndosele las dobleces de las prendas guardadas mucho tiempo en cajones; no obstante, la negrura del paño y la blancura de la pechera limpiamente realzaban la varonil presencia de Ramón, mocetón arrogante y guapo, aunque tosco: de ancho pecho, oscura barba, pelo rizado y grandes y vigorosas manos. Concha se sonrió.

—¿Por qué vienes tan elegante?

—¿No sabes que tengo que cantar en el Orfeón? Ayer toda la noche hemos estado ensayando la *Barcarola* nueva.

Ella bajó la cabeza, dándose por convencida; de repente volvió á ocurrírsele lo que diría Dolores.

—Anda, lárgate, que no tengo gana de fiestas... No quiero oír sermones por causa tuya.

—¿Quieres que me vaya? Corriente—pronunció él con despecho,—pero también es mucha ridiculez... Seis meses que somos novios, y aun no hemos podido hablar en paz y en gracia de Dios un cuarto de hora.

Díjolo con tal rabia, que Concha, cediendo á un movimiento compasivo, le llamó.

—Bueno, ven... Pero no hay que contarlo ¿eh? Silencio.

Siguieron su camino, él satisfecho ya, ella un tanto envanecida, allá en el fondo del alma, por llevar de acompañante á su novio, un novio de levita que podía confundirse con un señorito. Callaban, preocupados por la misma novedad de la situación, y sin despegar los labios salieron de la calle Mayor al paseo público, á la sazón desierto. Hacía frío. Los árboles sin hojas y las farolas apagadas se perfilaban sobre el gris ceniza del crepúsculo invernal; un pilluelo pasó corriendo, dando un empujón á Concha, que llamó á su acompañante.

—¡Ramón! ¿tú qué tienes?

En efecto, parecía pensativo. Con voz algo dura, contestó:

—No tengo nada.

—¿Nada, y vas ahí que pareces un mochuelo?

—Después de que te dan gusto, llevas ese gesto?

—No tengo obligación de estar hoy tan contento como tú.

—¿Y yo por qué he de estar contenta hoy?

—Porque vas á lucirte, á ponerte muy maja y muy bonita para salir á las tablas.

Echóse á reír la muchacha.

—No te rías—articuló él con acento opaco.—Haz el favor de no reírte, que yo no hablo de broma.

—Pero hombre... ¡no me he de reír! Te enfadas porque me presentaré en las tablas muy compues-

ta... ¿Pues no vas tú también con el fondo del baúl encima? Vamos—añadió viendo la fisonomía contraída de Ramón,—no seas majadero; ya sabes que trabajo por compromiso con el Vicepresidente y por complacer al señor de Gormaz... Buenos apuros me ha costado la tal función: hace tres noches que no duermo casi... Maldito el chiste que...

—Sí, sí, dices eso, pero otra te queda... Si no te gustase no irías allí de muestra, no irías.

—¿Tienes gana de armarla hoy? Pues para eso, pude venir sola.

—No—replicó él con más blandura,—no te digo nada, Dios me libre, haz lo que quieras; pero tengo que advertirte una cosita, eso sí: no te parezca mal.

—Vamos á ver qué sale después de tanto aparato.

—Cuando nos casemos...

—¡De aquí allá!

—Cuando nos casemos—reiteró con firmeza el mozo—yo no consiento que vuelvas á representar, aunque se empeñe Dios del cielo... ¿Te has enterado?

—Bien... De aquí á que suceda eso...

—¿El qué?

—Lo del casamiento.

—Yo me entiendo... Cuando menos se piensa... En fin, vé acostumbándote á la idea, por si acaso. No me gusta á mí, ni á ningún hombre blanco, queriendo á una mujer como te quiero á ti, oír que dicen en las butacas estupideces y barbaridades... al lado de uno mismo, con la poca crianza que tienen esos brutos de señoritos, Dios me perdone...

—¿Y qué dicen?—preguntó curiosamente Concha.

—Mil desvergüenzas... Que si tienes buen éste, y buen aquél, y... Calla, calla, que yo paso las de San Patricio... Un día hago un disparate.

Concha, muy colorada, bajaba la cabeza; por fin articuló entre enojada y vergonzosa:

—¿Y á ti qué te importa lo que digan? Déjalos, hombre.

—De otra ya pueden decir pestes... ¡Pero de ti... que te quiero tanto como á mi madre!

Lo pronunció con tal fuego y sinceridad, que á pesar suyo la modista se sintió conmovida y le miró dulce y amorosamente. Entraban en el jardín público, que seguía al paseo, y en el cual la obscuridad era mayor, y completa la soledad y el silencio, á menos que una ráfaga de vientecillo marino sacudiese los siempre verdes evónimos haciéndoles murmurar cosas tristes. Concha se apoyó en el brazo de su novio. Al hacerlo, su codo tropezó con algo que abultaba debajo de la levita.

—¿Qué llevas aquí?—preguntó.

—Nada.

—¿Cómo nada, y sobresale que parece un mollete de pan?

—Mujer... si no es cosa que te importe.

—¿A ver, á ver?

De mala gana se desabrochó él y sacó un objeto elíptico de hojas de laurel engomadas, muy tiesas, y rematado en unas largas cintas blancas con flequillo de oro al extremo. A pesar de la obscuridad, aún quedaba suficiente crepúsculo para que distinguiese Concha que era una corona.

—¿Y esto?—preguntó afanosamente, entre turbada y alegre.

—Ya lo veo.

—Una corona... ¿Para quién?

—¿Para quién ha de ser?

—¿Para mí? ¡Qué loco! ¿Y no me reñías antes por representar?

—Una cosa es una cosa, y otra es otra... Me dió rabia ver que en el beneficio del mes pasado le echaron una corona monstruo á esa tonta de

Rosalía Cañales, y á ti porque tenías un papel más corto te conformaron con un ramito de mala muerte... Y pensé para mí: no, pues como represente otra vez, no se queda sin corona mi Concha del

mar... No me hace gracia que tú quedes deslucida... Ahí tienes.

—¡Telo agradezco... te lo agradezco mucho!—articuló cariñosamente ella, afirmando más en el brazo que la sostenía.

El la contempló con ansia, y después miró alrededor. Ni un alma en el jardín.

—¿Concha?

—¿Eh?

—¿Me quieres?

—Sí, hombre, sí.

—¿Te enfadas si te pido una cosa?

—¿Qué?

—Dame un beso.

Soltó Concha el brazo y se hizo atrás. Parecía que el rumorcillo de los arbustos y el manso goteo de la fuente eran ecos de la voz de Dolores... Y tapándose la cara con las manos y retrocediendo, gritó alborotada:

—Eso no... Eso no... Estate quieto.

—No, si no quieres no... No grites, que pensarán que te mato...



Volvió á darle el brazo, en el cual ella se sostuvo con recelo, pero al verle triste y con la cabeza baja, se aproximó nuevamente. Una invencible curiosidad de virgen la impulsaba á desear la caricia que había rehusado. Estaban próximos ya á salir del jardín, y á corta distancia de él, como unos cien pasos, resplandecía el iluminado portal del Casino. Inclínó un poco la frente sobre el hombro de Ramón, y éste, con arranque súbito y brioso, desprendió el brazo para rodearle la cintura, y la besó en la mejilla, con toda su fuerza, devorándola el cutis. Concha sintió una ola de caliente sangre que henchía sus venas, y percibió al mismo tiempo, con extraña lucidez, un olorcillo á alcanfor y pimienta, que debía proceder de la levita guardada hacía tiempo.

Apresuradamente salieron del jardín, él radiante, ella aturdida y cabizbaja. ¡Si Dolores lo supiera! Las manos se le habían puesto frías, y una conmoción singular le imponía silencio. Su novio le parecía ahora, sin saber por qué, más amable y á la vez temible. Le miraba á hurtadillas, cual si no le hubiese visto bien antes. Como se aproximasen mucho al Casino, Ramón se inclinó hacia ella, y ella retrocedió instintivamente.

—Mira, Concha, mañana puede que tenga una gran noticia que darte.

—¿Qué?

—No, por ahora nada... Por eso no quería hablar, hasta llegar aquí... mañana te diré... Oye, antes que se me olvide: ¿dice que tienes que salir hoy escotada?

—Sí, hombre... En el último acto.

—Pues cuidado cómo te arreglas... El cuerpo al tito... no quiero que nadie se divierta á cuenta mía.

—¡Jesús!—exclamó la modista.

Y diez pasos antes de llegar al portal, soltó el

brazo de Ramón y echó á andar rápidamente, murmurando:

—Hasta luego.

Penetró en el edificio. El recinto del teatro se hallaba todavía á oscuras, y en los pasillos, el conserje barría con afán las puntas de cigarro y los fragmentos de papel. En el escenario ardía un quinqué puesto sobre una consola, y dos ó tres candilejas, prevenidas para alumbrar el ensayo. Concha se adelantaba medio á tientas por el final del corredor, cuando un hombre le salió al encuentro, muy apresurado y afectuoso, y le dijo cogiéndole ambas manos y estrujándoselas en expresivo apretón:

—Hola, Conchita, hola... Bienvenida, hija mía... ¿Qué tal? ¿Se ha repasado? ¿Hemos olvidado el papel? Por aquí, no tropiece usted... Eso es... Ya estamos.

—El papel me parece que lo he de saber, señor de Gormaz—afirmó Concha, quitándose el mantón y el manto al entrar en el escenario.—Hola, chicas—añadió saludando á dos mujeres que, sentadas en un sofá, repasaban en voz baja, con un rollo de papeles en la mano.

—Abur—le contestaron no muy cordialmente las interpeladas.

Gormaz, previa una fricción que hizo chascar sus palmas, se dirigió á las repantigadas actrices:

—Repasen, eso es, un poquito, mientras no vienen los caballeros... Siempre son los últimos.

Y llamando aparte á Concha, arrimándola á un bastidor donde no alcanzaba la luz de las candilejas, cuchicheó con misterio:

—¡Hoy hay que esmerarse, Conchita! ¡que esmerarse mucho! ¿No sabe usted lo que pasa?

—¿Que va á venir mucha gente?

—La gente... ¡bah! No; es que en cuanto ha sabido Juanito Estrella que dirijo yo esta función,

como hoy no la tienen en el teatro, á pesar de que también ensayan, me ha escrito que vendría y... ¡ya ve usted! ¡Va usted á representar delante de un gran actor, una gloria nacional! ¡émulo de Romea y de Latorre!

Concha sintió un poco de recelo al oírlo, y al mismo tiempo, sin darse cuenta del por qué, la noticia le fué grata. Conocía de vista á Estrella, al director de la compañía que actuaba en el Teatro Grande; había oído mil veces hablar de su fama; lo cierto es que tenía un modo de representar que á ella, sin entender gran cosa, le parecía prodigioso: ¡qué bien sabía hacer que lloraba! ¡qué divinamente se fingía moribundo y muerto! ¡qué expresión en aquella cara! Representar delante de él... ¡Qué vergüenza!

Esto último fué lo que manifestó en alta voz. Gormaz la riñó, tosiendo como siempre que se acaloraba.

—No se me vaya usted á cortar, hija... Por lo mismo que Estrella es inteligente, es indulgente: él también empezó así, de aficionado, en teatrillos y en liceos, cuando era estudiante, hasta que se aficionó y dejó la carrera para dedicarse á la profesión artística... ¡Ejeeem! Conque ya ve usted... Ea, que ya llegan: á ver cómo salimos del ensayo.

Arrastró casi á Concha al lado de la consola y del quinqué: en efecto, ya se agitaban allí dos ó tres sombras masculinas, charlando con las desdichadas actrices Rosalía Cañales y Julia Marqué. Al ver á Concha, los hombres la saludaron galantemente, en especial el beneficiado, encargado del papel de *Fernando*, y que se creía comprometido por el texto del drama á mostrarse insinuante y tierno con ella. Todo el grupo rodeó apresuradamente á Gormaz, el cual extendiendo las manos á un lado y á otro trataba de restablecer el orden.

—¿Don Manolo, empezamos?

—¿Don Manolo, qué se hace?

—¡Ensayar, señores... bruuuum!... si ustedes quieren: y ya saben lo que les he advertido: en los ensayos no hay que derrochar voz. Piano, pianísimo.

El apuntador comenzó á decir, sin entonación ni transiciones, el papel de cada uno, que los actores repetían paseándose con las manos en los bolsillos ó columpiándose en la silla. Las actrices, más cohibidas, no se atrevían, al recitar, á moverse del sofá, ni á descoser los brazos del cuerpo. Gormaz las tomó de la mano, suavemente.

—Hijas, accionen ustedes un poco...

—¿Lo mismo que después? ¿Como si ya fuese la representación?

—¡No tanto, no tanto! Un poco: si la escena ha de ser en pie, no se dejen ustedes ahí quietas... ¡Y ustedes, caballeros, no alcen tanto la voz; si ahora no hay público que atienda! Eso... á ese diapasón. Ya verán ustedes cómo después hay que decirles que se esfuercen, porque no les oirá ni el cuello de la camisa... ¡Ejeeem! Háganse cargo de que ahora no deben malgastar sus fuerzas: matizar, pero bajito... ¡Eh... chss! caballero López, ¿á quién le cuenta usted eso? ¿á la puerta ó á esta señorita?

Todo el mundo se rió. Gormaz en los ensayos se ponía nervioso, sudando, tosiendo de fatiga, pasándose á cada rato el pañuelo por la calva frente y por los turbios ojos. Quisiera él calentar aquellos cuerpos inertes, utilizar aquellas mentes torpes, encender aquellas tardas y perezosas sangres con el fuego y la lumbre del entusiasmo artístico. Sólo que á la media hora de predicar, de espolear, de comunicar impulso, de serlo todo á un tiempo, galán, dama, barba y gracioso, de dar á éste el modelo de la expresión patética y al otro el

de la indignación y al de acá el de la ironía y al de acullá el del desdén, su rostro se amaratava, el asma le subía en ronquidos y borborignos á la laringe, se inyectaban sus pupilas, y, medio muerto, se dejaba caer en una butaca, diciendo: «Bruuum... Sigán ustedes... sigán». Cada cual seguía entonces yéndose por donde le daba la gana.

Frisaba Gormaz en los sesenta; era coetáneo de Romea, pero más joven, y pertenecía á aquella falange de actores, ya casi extinguida, que amaba el arte y se preciaba de entender de letras; que se asociaba á la gloria de Hartzembusch y Zorri-lla por la interpretación entusiasta de sus dramas, y que tras de cantar todo el verano, como la cigarra, ha concluído como ella, muriéndose de hambre y frío, porque la vejez del actor español es penosa cuanto alegre su vagabunda mocedad. La última etapa de Gormaz, inservible ya para las tablas, fué organizar aquella sección en el Casino de Industriales. Todo el mundo le quería bien allí, por su afable carácter y su vida arreglada y modesta, pues Gormaz no tenía nada de bohemio y sus costumbres podían pasar al través del más delgado tamiz de censura.

Lo que es la noche del ensayo de *Consuelo*, á Gormaz debía sucederle algo raro. Estaba comó vuelto al revés. El, tan atento, tan deferente con todos los individuos de la sección, sin distinción de sexos ni categorías, apenas contestaba y sólo se dedicaba á ensayarle bien el papel á Concha. Las otras mujeres que tomaban parte en la representación no tardaron en notarlo, y en amostazarse. La encargada del papel de *Antonia*, Julia Marqué, catalana ingerta en gallega, hija de un almacenista, era una morena hombruna, con gruesa voz y no leve bozo, muy aplaudida por lo campanudo de su órgano, que daba tono profético y

sentencioso á sus menores palabras; la que había de hacer la criada andaluza, Rosalía Cañales, era una estanquerilla redicha, delgada y chatuela, que giraba los ojos, apretaba la boca y manejaba mucho el abanico; tenfáanse ambas por dechados respectivamente del género trágico y cómico, y en los ensayos se apoderaban del director, crucificándole á preguntas y no dejándole respirar. Viendo que no les hacía caso, cuchichearon en voz baja y señalaron á Concha. ¡Qué tonta y qué presumida! Porque había atrapado el papel principal, estaba dándose una importancia! Mucho de salir hoy elegante y de cola, y mañana se casaría con un ebanista miserable, y calentaría las sopas en la trastienda sin más cola que la de pegar madera! Y ambas hacían un gesto desdeñoso, indicando que ellas no aceptarían seguramente por marido á hombre de tan poco fuste.

—Aun sabe Dios si se casará—silabeó en voz baja la estanquera.

—Pero mira don Manolo... No hace sino enseñarle, como si fuese á sacar de ahí una cosa que asombre á todo el mundo.

En efecto, á Gormaz todo se le volvía: «Conchita, ese brazo. Hija, repita usted esa frase. No, así no: un poquito de energía, ¿está usted? Esa escena hay que moverla... debe usted levantarse, volverse á sentar, mostrándose dudosa. ¿A ver cómo escribe usted esa carta?... Bien, bien... así debe usted hacerlo después; no hay que olvidarse.

Concha, sorprendida también de aquel interés exclusivo, sentía que poco á poco se le comunicaba el entusiasmo de Gormaz, contribuyendo á su excitación el instinto femenino, el espectáculo de las dos rivales acurrucadas en el sofá, nerviosas como dos gatas que se disponen á sacar las uñas, y mirándola de reojo con pupila fosforescente. Un sutil calor empezó á difundirse por su alma, trans-

formándole la voz, que con sorpresa de ella misma se timbró en notas penetrantes y apasionadas. Gormaz, observando esta favorable metamorfosis, aplicaba leña á la hoguera.

—Ya ve usted que en este acto está usted celosa... Hay que revelar esos celos en el acento, en la fisonomía... Su marido de usted la está engañando; usted no se ha de quedar tan fresca!

A veces Concha, cuando decía una frase con vehemencia, avergonzábale un poco y soltaba la risa.

—Ay, Dios mío... Don Manolo, estoy exagerando, ¿verdad?

—No, hija, no... En esa situación hay que poseerse, así como en el primer acto debe usted más bien aparecer fría y coqueta... ¡Bien dichó, bien! Animo... á la escena con la criada... Rosalía, hija, ¿me hace usted el favor?

—¿Eh?—murmuró Rosalía con displicencia.

—Pues ahora es la escenita de usted... La carta.

—Ay... Usted dispense... Como no se ha fijado usted nada en lo que dije antes, creí que...

Encogióse Gormaz levemente de hombros, y resignándose, prestó alguna atención al deajo sevillano contrahecho de la estanquera. Era preciso actuar porque la hora de la función se aproximaba, y ya dos ó tres músicos, con sus instrumentos muy enfundados en bayeta verde debajo del brazo, se asomaban por la puerta de entrada, retirándose después de escuchar algunos minutos curiosamente. El último acto se atropelló un poco, pero Concha sabía al dedillo el papel y Gormaz, como de paso, pudo aún indicarle algunos toques maestros. Al final le apretó misteriosamente la mano.

—¡Hasta luego... y á ver cómo nos lucimos!

Concha se dirigió al tocador, donde la esperaba su hermana vigilando la cesta de los trajes, mientras Rosalía y Julia, ocupando todo el hueco del

espejo, se daban polvos de arroz por quintales, limpiándose después cejas y pestañas con la tohalla húmeda. Como no tenían trazas de hacer sitio, Dolores gritó á Concha en voz alta:

—Hija, arrímate al espejo... Estás sin peinar aún, acuérdate...

Las dos usurpadoras del tocador se desviaron con majestuoso paso de reinas ofendidas, y empezaron á calzarse en un rincón, secreteamo y sin dejar su actitud hostil. El tocado de Concha fué corto; su juventud y su fresca tez no requerían gran afeite. Sus ojos brillaban y sus mejillas estaban algo sonrosadas. Al remangarse el pelo con unas agujas de azabache, recordó el beso de Ramón, y se enrojeció hasta la frente. ¡Qué poco había durado! ¿Lo sabría Dolores? ¡Bah! ¿Cómo lo había de saber? Esforzóse en desechar aquel orden de ideas, recordando que era preciso hacer un esfuerzo para representar bien y que don Manolo no se quejase de ella.

Quando puso los pies en la escena, el corazón le latió, según costumbre, un poquillo, al ver el aspecto imponente del teatro. Sin que pudiese precisar quiénes eran los espectadores que llenaban las butacas, atestaban los palcos y se apiñaban en la galería, bien comprendió que estaba allí todo Marineda, la gente fina, el *señorío*; público inusitado en aquel local, donde por lo regular el elemento dominante eran los socios y sus familias. Veía vagamente, sobre el fondo granate del papel que reviste el teatro, agitarse una triple hilera de cabezas femeniles, adornadas con flores; los colores claros y ricos de los trajes hacían una decoración abigarrada; y de las butacas, subía hacia Concha, como una ola de curiosidad, el reflejo de los cristales de los gemelos instantáneamente clavados en ella, y el susurro de voces que muy que-dito pronunciaban ó preguntaban su nombre. Zum-